

misma día de la huelga, la demanda de anulación por la de negociación del texto.

● *Por otra parte los sindicalistas españoles, necesarios todavía como imprescindibles agentes de igualación social, no han tomado conciencia cabal del tiempo histórico en que vivimos. En un tiempo en el que la sociedad se desproletariza a marchas forzadas, determinados discursos del más puro estilo de la lucha de clases carecen de sentido y determinadas acusaciones de neofranquismo, dirigidas contra el Gobierno, parecen más el fruto de una pataleta que de un análisis de la realidad.*



Ecología y cristianismo

CON ocasión de la Conferencia de Río de Janeiro el tema ecológico está adquiriendo una continua actualidad. Es un problema que debe urgir a los cristianos sensibles con las angustias y las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo. De forma sintética deseamos presentar, en torno a diez afirmaciones, unas pistas de reflexión que pueden servir de orientación a las actitudes creyentes ante este gravísimo reto de fines del segundo milenio.

1. *La fe cristiana ha sido acusada como responsable de la eclosión de la grave crisis medioambiental actual. En este punto existen posiciones contrapuestas. La gran dificultad para la aceptación de esta tesis estriba en el hecho de que el gran desarrollo tecnológico, que ha desembocado en la gravísima crisis actual, se ha hecho precisamente cuando aquél ha sido más autónomo y menos dependiente de las instancias religiosas. Más bien habría que decir que la culpa de las Iglesias cristianas ha sido la de no estar presentes en ese desarrollo, la de haber sido exageradamente crítica y negativa respecto de los saberes científicos, de no haber sabido responder suficientemente al reto del diálogo fe-ciencia, desde la crisis de Galileo.*
2. *Hay que reconocer que existen elementos en la tradición judeo-cristiana, con su probable influjo en el Islam, que han inducido a subrayar de forma unilateral la centralidad del hombre y la existencia de una «fosa profunda» que le separa de los restantes seres vivos y de la naturaleza inanimada. La propia tradición bíblica y la cristiana han remarcado este punto. Era, por otra parte, una afirmación lógica en un mundo en que el ser humano se sentía indefenso ante la poderosa naturaleza que le desbordaba. Debe reconocerse que tanto las religiones primitivas como las orientales han tenido una orientación menos antropocéntrica.*
3. *El mensaje bíblico tiene elementos que permiten también desarrollar, desde una sensibilidad hacia los signos de los tiempos, una actitud más armónica con la naturaleza. En este punto habría que insistir en que los relatos bíblicos de la creación reflejan una visión del hombre proyectado hacia el Creador, cuya obra creadora debe continuar. La Biblia expresa igualmente una actitud de admiración ante la naturaleza, que es reflejo del Dios creador y que debe mover al creyente a actitudes de respeto y de identificación con aquella. La centralidad de Cristo en el mensaje neotestamentario, como aquel en el que todo fue creado y es, al mismo tiempo, «*anakephalaiosis*», recapitulación de la obra creada, ofrece también pistas de una actitud más reconciliada con la naturaleza, que es icono de su Hacedor, creada según el «*eikon*» de Cristo. El mismo Reino definitivo*

de Dios es la realización de las aspiraciones de una creación que gime con dolores de parto a la espera de su plena liberación.

4. *Veinte siglos de cristianismo han estado marcados por la comprensión de la naturaleza como creada al servicio del hombre. También ha tenido una fuerte vigencia la experiencia religiosa de la creación como reflejo de su Hacedor. Pero igualmente han existido otras dos actitudes: la de un respeto hacia lo natural, como reflejo de la ley divina, en que se inspiran el concepto de ley natural, la fundamentación naturalista de la moral y una actitud de resistencia hacia la modificación de los procesos naturales. Finalmente, debe reseñarse la actitud de «contemptus mundi» de desprecio del mundo, expresión del «no tenemos aquí morada permanente» y que ha llevado a actitudes de retirada de la realidad creada, a una valoración negativa del término «mundo», a un distanciamiento de las implicaciones de la fe cristiana, a un cierto «opio del pueblo».*

5. *Se ha insistido en que hay otros factores que han desencadenado la crisis medioambiental y que arrancan del mundo nuevo del Renacimiento. De ahí surge una comprensión creciente de Dios como el Omnipotente, dueño absoluto de la creación. Pero es un Dios que, desde el Renacimiento, se retira al mundo de lo trascendente, abriéndose una concepción inmanente del mundo, que lleva a pensar al mundo sin Dios y donde el hombre, creado a imagen del Todopoderoso, es el que se asemeja a Dios por su poder sobre el mundo, no por la bondad o la verdad. Por otra parte, el cartesianismo cree en la ciencia como un saber que convierte al hombre en «señor y propietario de la naturaleza».*

*El dualismo de **Descartes** concibe el universo como pura máquina, en separación con el espíritu humano. De esta forma pone también las bases para una relación hombre-naturaleza como sujeto-objeto, como dominio-sometimiento.*

6. *Ante la crisis medioambiental ha surgido la conciencia de la necesidad de una ética nueva, de articular una nueva lista de derechos humanos, los de la tercera generación, que subrayan la responsabilidad del hombre actual para con las*

futuras generaciones. Aquí debe citarse la ética que se inspira en la categoría de la responsabilidad, de **M. Weber** o los intentos de **H. Jonas** de dar un nuevo contenido a los principios kantianos, que tengan en cuenta no sólo a la humanidad presente, sino también a las futuras generaciones. Notemos que se trata de intentos éticos antropocéntricos, que siguen centrados en el bien del hombre, aunque abren su ángulo hacia las responsabilidades con las futuras generaciones.

7. Es más predominante una línea de reflexión ética que subraya la pertenencia del hombre a la Biosfera, la total integración del hombre en el mundo del que forma parte inseparable. Esta línea de pensamiento alcanza su culminación en la **hipótesis Gaia de Lovelock**: el planeta Tierra debe comprenderse como un organismo complejo, vital, en el que el ser humano está integrado. Se ha afirmado que el ser humano es como el cerebro de ese gran organismo.

Desde esta perspectiva, que tiene un gran impacto en numerosos movimientos ecologistas, ha surgido una nueva religiosidad, una nueva mística que confiere un carácter próximo a lo sagrado a esa nueva percepción de la naturaleza y que tiene importantes puntos de empalme con las religiones primitivas o las del mundo oriental.

8. Desde esta perspectiva se insiste en que el hombre debe vivenciarse profundamente implicado y relacionado con la naturaleza, que el gran mal del hombre ha sido la pérdida de sus raíces naturales, de su contacto con sus propios ritmos biológicos. Se ha insistido en que existe una profunda correlación entre las llamadas «enfermedades de la civilización» y el deterioro medioambiental circundante. Como afirma **Moltmann**, «cada uno de nosotros lleva consigo la crisis ecológica en su propio cuerpo». Toda la línea de pensamiento que surge del platonismo subraya la superioridad del espíritu sobre el cuerpo y la necesidad de que aquél se sobreponga a éste, sin atender a la unidad del hombre y al necesario respeto de su propios procesos naturales. La civilización tecnológica, el gran proyecto de la humanidad, ha deshumanizado al mismo hombre. Como afirma el mismo **Moltmann**, «cuando el sistema vital, que

une a la sociedad humana con la naturaleza que la circunda, entra en crisis por la muerte de la naturaleza, irrumpe una crisis global de las actitudes vitales y también de los valores fundamentales... A la muerte de los bosques corresponde la difusión de las neurosis psíquicas; a la contaminación de las aguas, el sentimiento vital nihilista de muchos habitantes de las grandes ciudades... El cáncer es la enfermedad símbolo de nuestro tiempo: la sociedad humana se extiende como un tumor sobre los organismos de la tierra y, a través del cáncer, la naturaleza repercute inevitablemente sobre el hombre».

9. Ante la necesidad de una ética, y aun de una religión, que proponga propuestas ante la crisis medioambiental, se han vuelto los ojos hacia la sabiduría oriental. Reconociendo el profundo valor de esta sabiduría, creemos que los cristianos pueden encontrar en su propia sabiduría pistas de respuesta ante los gravísimos problemas que nos circundan. No basta con afirmar, como hizo la Iglesia evangélica, que «la tierra pertenece al Señor». El Dios trino no es un solitario, dominador del cielo y la tierra, sino un Dios comunitario y rebosante de relaciones. Padre, Hijo y Espíritu Santo viven dentro de la más perfecta comunidad de amor. Podemos asemejarnos a ese Dios, no mediante el señorío y el sometimiento de la realidad creada, sino a través de la comunidad y de una reciprocidad fomentadora de vida. No es cristiana —sino teísta— una concepción en la que Dios trascendente ha creado un mundo inmanente y cerrado. Dios Padre, a través de su Palabra y en el Espíritu, ha creado el mundo. Como consecuencia de ello, todo existe por, en y a través de Dios. Dios está presente por su Espíritu en todo; todo ser vivo existe en esa fuente de vida que es el mismo Dios. El espíritu de vida ha sido derramado sobre toda la creación. Es lo que refleja la vieja oración: «Envía tu Espíritu, Señor, y se renovará la faz de la tierra». Esta visión de la creación, como reflejo de la vida íntima de Dios, hace al hombre más inmerso en la creación, crea en él una actitud más de admiración que de dominio. Desde esa perspectiva deben leerse dos textos fundamentales del Génesis: «Creced, multiplicaos, llenad la tierra y sometedla» (1, 28) y «El Señor Dios tomó al hombre y le colocó en el jardín del Edén, para que lo guardara y cultivara» (2, 16).

10. Tanto la filosofía como la teología no poseen aún una ética articulada, que pueda responder a los grandes problemas suscitados por la degradación medioambiental. Existen hoy intuiciones, principios y perspectivas orientadoras, pero no se ha llegado aún a lo que podría calificarse como una «ética del medio ambiente». En el campo cristiano se da indiscutiblemente esa situación: debe reconocerse que no existe una ética cristiana del medio ambiente —equiparable, por ejemplo, a los campos de la ética sexual o de la vida o a la doctrina social—, pero debe afirmarse también que la incorporación de la reflexión de las iglesias está siendo ya importante. A diferencia de las dos grandes revoluciones, la de la libertad y la de los derechos sociales, creemos que la reflexión cristiana no ha tardado en asumir el reto que plantea la gravísima crisis medioambiental. La respuesta cristiana, que se irá progresivamente articulando, depende de la reflexión filosófica, de la razón humana, social e histórica. El cristiano, como afirma Auer, es un hombre como lo demás y carece de un peculiar alfabeto ético en su relación con el mundo; «lo humano es humano para el pagano y para el cristiano». La aportación del mensaje cristiano, junto a otras respuestas provenientes de otras religiones o cosmovisiones, no estriba en normas nuevas, sino, como afirma el mismo Auer, en «el efecto crítico y estimulante del mensaje de Jesús».